

## INTERREGNO

Según mis notas, el 11 de agosto de 2006 daba por concluido el prólogo a *Los motivos del lobo*, la hasta entonces obra completa del poeta Rafael Vargas. Pareciera que en los ocho años que hoy nos separan de esa fecha no hubiera sucedido nada, pero realmente muchos de los elementos históricos que parecían incuestionables en aquellos días, hoy han entrado en un estado de obsolescencia histórico. La realidad interior y la realidad exterior, la Historia con mayúsculas y la intrahistoria han cambiado tanto, que pareciera que nos hallásemos en otro mundo o acaso en otro país y ante otro personaje. Todavía, en aquel ya lejano verano del 2006, el país se asentaba sobre un imaginario de abundancia y de optimismo. Ciertamente se atisbaban nubarrones a lo lejos, pero casi todos dábamos en creer entonces que tales nubarrones se disiparían conforme nos fuésemos acercando a ellos. De un sistema económico basado en un crecimiento positivo y continuo no podíamos esperar más que un crecimiento positivo y continuo, con alguna incómoda y fútil turbulencia, pero nada más. Nos equivocábamos, o mejor, se equivocaban los gurús y los propagandistas que farfullaban —y cómo— sobre la sostenibilidad del sistema. La burbuja inmobiliaria, y con ella la subrepticia corrupción política y empresarial, crecía a nuestras espaldas sin el más mínimo rubor, pero el ánimo de los ciudadanos, ajenos a los riesgos de la situación, nunca había sido tan inocente ni tan pujante. Lentamente caminábamos hacia una sociedad de pleno empleo, confiada

en sí misma y pletórica en lo económico. El país y el tiempo elegido por el atronador dios del dinero. La vida, pues, discurría apacible y bulliciosa, donde no faltaba el trabajo, la esperanza o las oportunidades. La falta de equidad social quedaba mal que bien equilibrada con las prestaciones sociales, sanitarias y educativas. La cultura y la ciencia gozaban de prestigio y, por ende, de presupuestos. La educación y la sanidad nos llenaban de orgullo y la otrora árida piel de toro era todavía un país de promisión para quienes, jugándoselo todo, decidían saltar las fronteras de la mar y de la tierra con riesgo de sus vidas. Sin embargo, apenas un año después de aquel 11 de agosto de 2006, los lejanos nubarrones se hicieron presentes y ya no parecía posible, como algunos dieron en creer, sortearlos. Y así, de la noche a la mañana, la tempestad asoló el país y lo que hasta entonces fue crecimiento se tornó hundimiento, lo que antes fuera complacencia se tornó depresión económica y crisis moral. Mucho de cuanto se había construido en los años de bonanza habría de cuartearse sin remedio en un tiempo récord. La sociedad del bienestar, tan trabajosa y arduamente conquistada durante décadas, se venía a convertir con la coartada de la crisis en algo que había que desmontar a toda prisa con la celeridad con que se desmonta una feria de verano. A la crisis económica provocada por las grandes entidades bancarias, se aplicó un correctivo social. Las conquistas sociales y laborales se pusieron en entredicho, muchos bancos y casi todas las cajas de ahorros, que imprudente e irresponsablemente se lo habían jugado todo a la ruleta rusa de los negocios inmobiliarios, entraron en quiebra y hubieron de ser rescatados por el Estado, con lo que el crédito, pujante hasta entonces, se frenó en seco, contribuyendo a que cientos de empresas se vieran en la imposibilidad de continuar, con lo que el paro se desmandó, y de una sociedad cuyo horizonte era el pleno

empleo, se pasó a una sociedad inane económicamente, con más de un 25% de paro y con empleos cada vez más precarios y peor remunerados, lo que obviamente contrajo el consumo y, con él, el bienestar social hasta niveles poco imaginables, siendo así que el fantasma de la pobreza y de la forzosa emigración, impensables hacía unos meses, se hicieron cruelmente presentes. Cientos de miles de jóvenes bien preparados tuvieron que hacer sus maletas y marcharse a países del norte, otros cientos de familias se vieron desahuciadas de sus viviendas, a veces por las mismas entidades bancarias que habían sido rescatadas gracias al ingente esfuerzo de todos. Como suele suceder, los rigores de la crisis —la mayor desde 1929— se concentró en las capas más sensibles socialmente de una población desconcertada y desesperada: fundamentalmente en los trabajadores menos cualificados, en la mujer y en los jóvenes sin experiencia. Como consecuencia de lo dicho, los mecanismos de equilibrio social se han visto atacados en sus cimientos por una política neoliberal que se ha regido por drásticos recortes sociales, laborales, sanitarios, educacionales y culturales. Por si fuera poco, la corrupción política, antes soslayada, y abonada por el bipartidismo, ha mostrado su peor cariz, hasta el punto de que la ciudadanía ha perdido toda su confianza en unos políticos que se han mostrado incapaces no sólo de encarar la situación, sino siquiera de dar ejemplo e insuflar un poco de esperanza en unos ciudadanos que no acaban de resignarse a su suerte y que con su desesperanza y su hartazgo amenazan con una conflictividad social que hoy está lejos todavía de haber llegado a su grado máximo. En definitiva, el rigor de una crisis económica como ésta ha desvelado la profunda crisis moral que aqueja a una sociedad como la nuestra, basada en los principios de un capitalismo especulativo y suicida, sin control efectivo, volcado mucho más en

la economía que en el sujeto de ésta: el hombre. Y como no podía ser menos en la obra de este poeta, tan imbricado en lo social, todo esto queda reflejado en los poemas escritos tras la publicación de *Los motivos del lobo*.

En lo personal, la vida de Rafael Vargas también ha experimentado durante estos últimos ocho años cambios radicales que tienen que ver con la salud. Realmente este periodo ha representado un calvario para él, pero siempre, pese a los augurios, ha sabido salir indemne. Su vehemencia, su infinita capacidad de lucha, de resistencia y de esperanza, han hecho que sus sucesivos viajes al reino de la muerte se hayan solventado con éxito. El sólo recuento de su experiencia vital durante estos años es duro y complejo, de modo que me permitiré echar mano del propio resumen que me hace el autor: *El día 18 de marzo de 2007 me noto un bulto sospechoso en el lado izquierdo de la cara, igual que le ocurriera al amigo Manuel López. Esa semejanza y vista sus consecuencias me lanzaron a la urgencia de saber qué podía ser. Como había previsto, resultó un linfoma maligno del que fui operado dos meses después, concretamente el día 4 de mayo. Al tiempo que me recuperaba de la operación, se me fue inflamando el vientre, en lo que terminó siendo un nuevo linfoma en el bazo que me sería extirpado el 27 de diciembre de ese mismo año y que me mantuvo durante seis días en un estado de delirium tremens, donde no bajé de los 40°. Años más tarde, en julio de 2011, volvió a salirme otro en el coxis que se solventó con unas sesiones de quimioterapia, hasta que ya en 2013, junto al riñón izquierdo se presentó el más grande de todos y en el que se volvió a temer lo peor. El tratamiento de este último tumor fue tan duro, que un año después de acabar con el tratamiento sigo teniendo secuelas. Al tiempo, a principios de febrero de ese mismo año, María Angeles recae de su osteoporosis y se le declara demencia por cuerpos de Lewy y comienzo de Alzheimer, y así seguimos, esperando el siguiente envite. A pesar de estos continuos reveses o tal vez*

gracias a ellos, la actividad poética y civil de Rafael ha sido frenética, como lo prueban los muchos libros publicados y las continuas ediciones que ha ido realizando de ellos en un afán corrector digno de encomio. Los embates contra la enfermedad, la proximidad cierta y repetida de la muerte, son sin duda los detonantes de esta febril actividad, de esta sorprendente vitalidad creativa. Su lucha sin cuartel, su necesidad de expresión y su pasión vital, tal vez hayan sido determinantes para arrancarlo una y otra vez de las garras ciertas de la Parca. Sus libros a partir de estas tremendas experiencias se orientan en dos concretas direcciones: la reflexión sobre los límites éticos de la vida y la necesidad de establecer un discurso sobre un mundo agresivo, injusto y brutal sobre el que se asienta una sociedad como la nuestra, todo ello desde una visión que podríamos calificar como testamentaria.

Debemos añadir que el comienzo de su enfermedad coincide con el final de la colección Biblioteca de la Huebra, llevada a cabo por la Asociación Literaria del mismo nombre, que Rafael Vargas y yo mismo llevamos a cabo durante un tan largo como apasionante período. Los números de la colección están ahí, pero quizás no se haya ahondado lo suficiente en su significación para un territorio que hasta entonces había carecido de proyectos literarios o editoriales de calado. Durante casi siete años la colección fue creciendo hasta culminar su periplo con 35 libros publicados, a los que habría que sumar los libros recogidos en otras colecciones, hasta alcanzar una cifra de publicaciones que sobrepasa la cincuentena, todo un logro conseguido gracias a la implicación de los autores, instituciones de la zona y los casi dos centenares de suscriptores. El proyecto fue realmente apasionante y tanto Rafael como yo nos sentimos particularmente orgullosos de haber culminado con éxito lo que a